



IN MEMORIAM

MEDELLÍN, 1920: *noches de tertulia*



“¿Quién ha dicho que la noche se hizo para dormir? No, la noche es, no solo para no dormir, sino para gozar de ella, para sacarle todo su jugo alucinante y maravilloso”.

“La noche”, 1920
Luis Tejada

John Galán Casanova

En la Medellín de 1920, a Tejada no le hicieron falta contertulios para entregarse a “ese prurito femenino de juntarse en determinados lugares a conversar”. Inspirados en los cafés de intelectuales que hicieron célebres en París y Madrid escritores como Verlaine y Valle-Inclán, desde 1915 jóvenes artistas paisas, como los del grupo de la revista *Panida*, animaron las tertulias del café El Globo, el Chanteclair y el café de los Búhos Estáticos, nombre tomado de un poema juvenil de León de Greiff. Estas tertulias fueron el punto de encuentro y florecimiento de la intelectualidad de la época, y a partir de ellas, según escribió Tejada en 1918, nacían “muchas cosas buenas o malas”: “Allí se conversa un poco de letras, de artes, de ciencias, de mujeres, de libros [...] surgen las bases para los editoriales de mañana, para los libros futuros; se afianzan las ideas; hay intercambio de conceptos... ¡Tantas cosas!”.

A juzgar por los reclamos que formuló el cronista, las reuniones de los jóvenes bohemios eran una actividad marginal, ajena a las costumbres e intereses del resto de habitantes de Medellín, “el pueblo más dormilón de la tierra”: “A las ocho, dos terceras partes de la población —matronas, maridos, doncellas, niños— descansan en paz de Dios; a las diez, la otra tercera parte —estudiantes, profesores, etcétera— se dispone a ir a la cama”. La aridez de la vida nocturna y social, según el autor, era el resultado de una “incapacidad para habituarnos a ciertas formas sociales de civilización, de nuestra falta ingénita de alegría colectiva y de la escasez de cultura general”.

En “La noche”, crónica del 22 de noviembre, Tejada, ansioso por romper la monotonía del villorrio, imaginó lo que sería una ciudad entregada a los encantos de la vida nocturna:

... los grandes almacenes podrían estar en actividad, porque sería más agradable visitarlos y hacer las compras a la luz de las bombas eléctricas; las mujeres, que son infinitamente más bellas y misteriosas en la noche que en el día, deberían aprovechar esas horas deslumbrantes para exhibirse; los restaurantes abrirían entonces sus salones y sería posible el placer exquisito de la cena en buena y entusiasta compañía.

La Playa, Café Latino, 1910. Fotografía: Hermanos Rodríguez. Archivo Fotográfico BPP.



Caballeros tomando café, 1915. Fotografía: Benjamín de la Calle. Archivo Fotográfico BPP.

Mientras aquel sueño se hacía realidad, el cronista inquieto y visionario se dedicó a animar diferentes tertulias. Una de ellas tenía sede en la casa de Villa con San Juan, donde era huésped de sus tías. Allí, según cuenta Torres Giraldo en su libro *María Cano, apostolado revolucionario*, acudían, entre otros, los poetas Abel Farina y Miguel Agudelo, el cuentista Efe Gómez, el dibujante José Posada, el librero Antonio José Cano y el periodista Horacio Franco, amigo de Tejada desde los años de la infancia en Yarumal. Esta tertulia, de temas literarios y políticos, sirvió para afianzar la vocación de escritora de María Cano y el compromiso con el socialismo de personas como Agudelo, Franco, Posada y el mismo Tejada.

Otra tertulia, más abierta, tenía lugar en el famoso café La Bastilla, en la esquina de Junín con la avenida La Playa, en ese tiempo el punto de encuentro más importante de los intelectuales paisas. Al decir de Uriel Ospina, un cliente asiduo, en La Bastilla “Se bebía, se mentía y se exageraba igualmente de firme. [...] Con tipleros a bordo. Con aguardiente *ad libitum*. Con bambucos. Con canciones entonadas por *Blumen*, por *Trespalcios* o por cualquier otro intérprete de aires criollos”.

Luego de los afanes y sinsabores del trabajo cotidiano, alrededor de las mesas del café, tal como lo versificó Ciro Mendía, las horas pasaban volando: “Las horas soñadoras, las horas más sonoras. / Porque en el cristal de nuestros vasos / hemos visto morir muchos ocasos / y hemos visto nacer muchas auroras”. La eminente presencia de Carrasquilla, quien para entonces había renunciado a su modesto cargo público en Bogotá, contribuyó a darle un realce definitivo a este tertuliadero. Feliz de verlo de nuevo, Tejada le dedico una crónica exaltándolo como “gran maestro espiritual de todos aquí”, y trazó de él un retrato “con los tintes intensos de un aguafuerte”: “el sombrero grande un poco torcido y encasquetado, pero no inconveniente, las recias mandíbulas rasuradas y el cuerpo enorme y satisfecho metido dentro de un traje ceñido y abrochado, todo le daba no sé qué aspecto de austeridad clásica y de leve bohemia, de descuido elegante y de discreta corrección”.

Otras veces, Tejada no tenía necesidad de abandonar su lugar de trabajo para entregarse a la voluptuosidad “exquisita y suprema de la conversación”: El Espectador tenía su propia tertulia. Gabriel Cano, el director de la edición de

Medellín, pensando que un periódico no se hacía sin tertulia, aprovechó una remodelación de la planta de oficinas para colgar un aviso que advertía: “Se admite tertulia”. Recién llegado de Barranquilla, Tejada tituló una crónica con el aviso y celebró que con esa decisión el periódico se hubiera puesto “a nivel de la calle rumorosa y en más íntimo contacto con el público”. En ese entonces, convocados por el director, “a quien le interesaba la página literaria más que la parte informativa y comercial”, varios de los más destacados escritores antioqueños integraban el equipo de colaboradores. Carrasquilla publicaba allí sus novelas por entregas, así como Ciro Mendía sus poemas y Efe Gómez sus cuentos. Tejada fue bienvenido en la cofradía, de la cual hacían parte también los hermanos Restrepo Rivera, el médico y novelista Alfonso Castro, el caricaturista Pepe Mejía, y sus colegas más íntimos, los redactores Luis Bernal, Quico Villa, Horacio Franco y Orlando Perdomo. Este último, en un reportaje publicado en marzo de 1937, recopiló algunas de estas remembranzas y recogió un interesante testimonio de Ciro Mendía sobre el origen de “Gotas de tinta”, la columna que Tejada hiciera célebre desde mediados de 1920:

Un lunes llegué yo, como de costumbre, a *El Espectador* a eso de las once de la mañana. Llevaba conmigo un libro de Gómez de la Serna, titulado *Muestrario*; Tejada me suplicó que se lo prestara, y a la larga tuve que hacerlo. Al martes siguiente me entregó —cosa rara— el libro, y esa misma tarde salió su primera gota de tinta. En la tertulia vespertina que se hacía después de salido el periódico, yo le observé a Tejada: ‘Caramba, Luis, esta crónica está escrita en el mismo estilo de Gómez de la Serna; esto es una greguería en serie...’ ‘Voy a probarles que escribo mejor que Gómez de la Serna’, fue su respuesta.

Valdría la pena profundizar en esta posible influencia del prestigioso escritor español. En efecto, esa mezcla de concisión, metáfora y humor que da el toque característico a las greguerías del madri-

leño, aparece en varias de las imágenes escritas por Tejada. Así, mientras Gómez de la Serna dice que “El sostén es el antifaz de los senos” o que “La cabeza es la pecera de las ideas”, Tejada replica afirmando que “La barba es la cobija del corazón” o que “El sombrero es como una alta torre de señales, entre el mar borrascoso de la vía pública”. Pero más que en la creación de metáforas insólitas, un recurso generalizado entre los vanguardistas de la época, la influencia de Gómez de la Serna sobre Tejada habría que rastrearla en la común fascinación por las prendas de vestir, los viajes en tren, el uso de la pipa y un sereno desenfadado ante la muerte inexorable.

Este texto fue tomado de: Luis Tejada. *Vida breve, crítica crónica*, John Galán Casanova, Bogotá, Panamericana Editorial, 2005.



Luis Tejada Cano, 1915. Fotografía: Benjamín de la Calle. Archivo Fotográfico BPP.